

En profunda sintonía con el Sínodo de los jóvenes

Queridas hermanas:

Estamos terminando las reuniones del *Plenum del verano* y nos ponemos en contacto con vosotras, en primer lugar, para agradeceros que nos hayáis acompañado con la oración durante este tiempo, especialmente importante, en el que hemos compartido y hemos hecho discernimiento. Os hemos sentido cercanas también durante la semana de los ejercicios Espirituales del 17 al 23 de junio, vividos en Guarcino (Frosinone) rodeadas del verde de los bosques y de un gran silencio. La contemplación de la naturaleza, la escucha de la Palabra de Dios y la oración más intensa nos han permitido recorrer con admiración y agradecimiento nuestra “historia de amor” con Jesús y reavivar el *da mihi animas cetera tolle* llevando en el corazón a las jóvenes y a los jóvenes que se nos confían en los cinco continentes y, naturalmente, a todas vosotras comprometidas en anunciar la alegría del Evangelio.

Gracias también por vuestra oración que nos está acompañando en la rica experiencia de las Veríficas trienales, algunas ya celebradas y otras que tendrán lugar próximamente. Damos gracias al Señor y a M^a Auxiliadora que siguen bendiciendo el camino de conversión pastoral que se está realizando en todo el Instituto para vivir el mandato del Capítulo general XXIII y para proyectarnos con nueva esperanza hacia el futuro.

En cada Verífica se celebra la comunión que nos une y la belleza de nuestro carisma que vivimos con los jóvenes, las seglares y los seglares que comparten con nosotras la misión, y juntos nos preguntamos cómo vivirla con mayor valentía en el hoy de la historia, en contacto con nuevos desafíos y oportunidades.

Al mismo tiempo que os damos las gracias por las Veríficas ya realizadas, os pedimos que sigáis rezando por las que tendremos en julio y agosto en Brasil, Ecuador y Costa Rica para todas las inspecciones de América. Esperamos que suponga para las/los participantes, y para todos aquellos a los que llegará la transmisión, una nueva etapa en el camino de renovación y de fidelidad al Evangelio y al carisma.

Del Capítulo general XXIII al Sínodo

Con admiración constatamos que la mano providente del Señor guía y acompaña la vida del Instituto. Consideramos que son oportunas las opciones asumidas en el CG XXIII, confirmadas además por el don que el Papa nos ofrece a través de esta intensa preparación al Sínodo de los jóvenes. Es un estímulo también la metodología adoptada para implicarnos. En el corazón de la Iglesia se percibe la gran pasión evangelizadora que la anima: una pasión que también nosotras hemos expresado en el CG XXIII y que aparece en el título de las Actas: *Ampliad la mirada. Con los jóvenes, misioneras de esperanza y de alegría*.

Ya en la preparación al CG XXIII, elegimos el icono bíblico de Emaús y nos hemos dejado acompañar, iluminar, transformar por el encuentro con Jesús que camina con nosotras. Ahora, la Iglesia misma nos invita a sintonizar, desde la mirada de Dios, con la realidad y a afrontar el acompañamiento como condición para anunciar el Evangelio junto a los jóvenes.

El *Instrumentum Laboris* de preparación al Sínodo: *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional* (cf *Instrumentum Laboris: IL*), el conjunto unitario y sintético de los temas que se afrontarán en la Asamblea sinodal, ofrece un material rico y abundante que contiene la aportación de las comunidades eclesiales con la participación activa de muchos jóvenes, también de nuestras casas. El documento, de hecho, no recoge solo la voz de las Conferencias episcopales, sino que da, sobre todo, espacio y palabra a los jóvenes como protagonistas activos. El Sínodo es para todas nosotras una llamada renovada a ponernos a la escucha de las jóvenes y de los jóvenes, de su rico mundo de aspiraciones y de sueños, pero también lleno de retos y, a veces, de desilusiones.

Nos sentimos, como Instituto, fuertemente interpeladas por la llamada a la conversión pastoral. Esta exige un cambio de mentalidad, nuevos estilos de acción, diferentes a lo que hemos realizado hasta ahora. Iluminadas por el CG XXIII, y ahora también por el Sínodo, seguimos optando por cultivar hacia cada persona y hacia cada realidad una actitud positiva, por sentirnos en camino con los jóvenes, inmersas en el tejido de la vida cotidiana, para buscar juntas nuevos caminos y asumir el discernimiento como estilo de vida (cf *CG XXIII*, 33-35). El mismo Sínodo nos propone el proceso de discernimiento como método y estilo de vida, un modo habitual de proceder para escuchar al Espíritu Santo en cada circunstancia de la vida personal, comunitaria y en la misión (cf *IL*, 111.139).

Como Iglesia seguimos considerando la conversión pastoral el horizonte que motiva los procesos concretos de renovación. Las líneas propuestas por el *Instrumentum Laboris* sostienen e iluminan también las opciones fundamentales asumidas por el Instituto: nos encontramos en profunda sintonía con la opción de salir hacia las periferias, de estar con los jóvenes y estar presentes y activas allí donde viven su existencia concreta; de compartir con ellos la misión educativa y de habitar el mundo digital. Junto a ellos y para ellos queremos ser comunidades abiertas y acogedoras, que favorecen el encuentro personal con Jesús y comparten la fraternidad y la misión (cf *CG XXIII*, 55.58). Escuchando las necesidades de los jóvenes, renovamos la opción de la profecía de la fraternidad, el cuidado de las relaciones cercanas en todos nuestros ambientes, donde se pueda respirar alegría, acogida y profundidad espiritual y donde se alimentan el empuje y la pasión apostólica. Los jóvenes sueñan con una Iglesia que sea cercana a la gente: una verdadera familia con una fuerte sensibilidad educativa, que les ayude a madurar, a gustar la fe como relación personal con Jesús y a abrirse al don gratuito de sí mismos (cf *IL*, 178.184.194).

El CG XXIII nos empuja a cuidar con mayor empeño la cultura vocacional, la formación de comunidades vocacionales, poniendo en marcha caminos sistemáticos adecuados e inculturados, prestando atención al discernimiento y al acompañamiento vocacional de las/de los jóvenes (cf *CG XXIII*, 61,8). En el corazón del sínodo está precisamente este sueño: una comprensión renovada y compartida de la cultura vocacional, para contribuir a la verdadera alegría de los jóvenes, alegría que se experimenta realizando el proyecto de Dios en la propia vida (cf *IL*, segunda parte).

La atención a los jóvenes para rejuvenecer el rostro de la Iglesia y del Instituto

Al finalizar el Concilio Vaticano II, los Padres conciliares dirigieron un mensaje a los jóvenes, indicando que el concilio había querido “rejuvenecer” el rostro de la Iglesia, para mejor responder a Jesucristo, eternamente joven; para interrogarse de qué manera podía responder mejor a la llamada a ser luz y esperanza en el mundo.

La primera finalidad del Sínodo es la de hacer consciente a toda la Iglesia de su importante tarea de acompañar a cada joven, sin excluir ninguno, hacia la alegría del amor. Ciertamente que no es una novedad en la Iglesia, sino que es dar continuidad y un puesto relevante a la gran intuición conciliar: cultivar una mirada de confianza hacia las generaciones jóvenes. Los jóvenes pueden, con su presencia y su palabra, ayudar a la Iglesia a rejuvenecer su propio rostro (cf *IL*,1), porque es típico de la edad juvenil creer en los grandes sueños, moverse por un ideal con espontaneidad y novedad.

El Sínodo ha querido una metodología participativa: en lugar de hablar de los jóvenes, se les deja hablar a ellos. El Papa Francisco, en todas sus intervenciones desde que anunció el Sínodo, ha invitado siempre a los jóvenes a hablar “sin filtros”, con franqueza y con toda libertad. ¿Quién mejor que ellos puede hablar de ellos mismos? Se ha escuchado a los jóvenes a distintos niveles y utilizando diversas modalidades, porque necesitamos comprender mejor lo que Dios nos está pidiendo, a través de los signos de los tiempos. «Los jóvenes, centinelas y sismógrafos de cada época, los perciben como fuente de nuevas oportunidades y de amenazas inéditas» (IL, 51). Recordemos cómo en «muchos momentos de la historia de la Iglesia, así como en numerosos episodios bíblicos, Dios ha querido hablar a través de los más jóvenes» (Papa Francisco en el encuentro previo al sínodo).

Se puede escuchar a los jóvenes de muchas maneras, pero no existe nada que sustituya el encuentro cara a cara, y esto implica “estar” con ellos en el tejido de la vida cotidiana. El *Instrumento de Trabajo* indica los lugares donde podemos encontrarlos: la escuela, la universidad, el mundo del trabajo, el compromiso político, el ambiente digital, la música, el deporte, la amistad, las situaciones de marginación y de fragilidad.

Pero no basta escuchar a los jóvenes. Ellos esperan que les hagamos invitaciones y propuestas explícitas. Aunque parecen seguros de sí mismos, en realidad esconden fragilidades e inseguridades, y por eso, esperan que nosotros, adultos, nos intereseamos por ellos y les ofrezcamos propuestas claras de compromiso. La finalidad del acompañamiento es, precisamente, la de implicar a los jóvenes en la misión, pero no como “ejecutores” de lo que se ha decidido y programado, sino como “protagonistas” activos e insustituibles. Esto implica ponerse a la escucha de sus ideas, confiarles responsabilidades y compromisos y, al final, hacer la revisión con ellos.

Una buena oportunidad para el acompañamiento de los jóvenes es el Movimiento Juvenil Salesiano. Este año, celebramos el 30° aniversario de su nacimiento como movimiento mundial. Nos preguntamos: ¿El MJS ofrece a los jóvenes una intensa vida fraterna, itinerarios exigentes de espiritualidad, experiencias significativas de servicio, espacios adecuados de acompañamiento y personas competentes en el discernimiento?

El *Instrumento de Trabajo*, cuando se refiere a los desafíos antropológicos y culturales, toca temas que están presentes en las conversaciones cotidianas de los jóvenes, y son también “las condiciones para ejercer” la misión eclesial hoy: la nueva comprensión del cuerpo, de la afectividad y de la sexualidad, nuevos paradigmas cognitivos que ofrecen un modo distinto de acercamiento a la verdad, el mundo digital, el desencanto institucional en el campo civil y eclesial, las parálisis a la hora de decidirse, la nostalgia y la búsqueda espiritual (Cf IL, cap. IV de la Iª Parte).

Es una llamada para nosotras a prepararnos de forma más cualificada para afrontar estos temas y ponernos en diálogo con los jóvenes, en actitud de apertura y con inteligencia crítica. ¿No es esto lo que nos han pedido los jóvenes durante el CG XXIII, es decir, promover una auténtica “pastoral inteligente”?

En el *Instrumento de Trabajo*, en algunos apartados, se retoma el tema del valor de la mujer, especialmente, dentro de la Iglesia. Los jóvenes y las jóvenes piden, de modo particular a la Iglesia, el entender y valorar el rol de la mujer laica o consagrada, y que se les ayude a comprender cada vez mejor, las implicaciones a nivel familiar, social y eclesial del “genio femenino”, que encuentra en la vida consagrada, un modo específico para expresarse (cf IL, 201).

Soñar con los jóvenes el “volver a proponer” la santidad

El *Instrumento de Trabajo* concluye con el “volver a proponer” la santidad, reclamando la espléndida exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate* que contribuye a hacer gustar la belleza de la vocación universal a la santidad como camino de felicidad y de realización humana y cristiana a través del encuentro vital con Jesús y de la entrega gratuita de uno mismo (cf IL, 212-214).

La santidad es vocación única y unificante de toda la humanidad, porque nadie queda potencialmente excluido de esta meta de la existencia. También la juventud, como las demás etapas de la vida es un tiempo propicio para la santidad.

En la Iglesia abundan los jóvenes santos que manifiestan el mejor modo de vivir esa apasionante etapa de la vida que es la juventud. También en la Familia Salesiana, entre los numerosos Santos, Beatos y Venerables, unos cincuenta son jóvenes menores de treinta años, y entre ellos está Laura Vicuña que alcanzó la santidad a los 13 años.

Para todas nosotras, esta realidad es una fuerte llamada a implicar a los miembros de las comunidades educativas y proponer de nuevo, sin miedo, la santidad juvenil, mostrando un itinerario que apunta a metas altas de la vida cristiana. Todo el proceso educativo exige el compromiso de ayudar a los jóvenes y a las jóvenes a abrirse a los valores absolutos y a interpretar la vida y la historia según la profundidad y la riqueza del Misterio de Dios que nos habita.

La santidad es el mejor regalo que podemos ofrecer a los jóvenes y a las jóvenes, es la aportación que la Iglesia y el mundo esperan de nosotras. Convencidas de que «la santidad es el rostro más bello de la Iglesia» (*GE*, 9), proponiendo la santidad a los jóvenes, estamos llamadas a vivirla, en primer lugar, nosotras como testimonio de una comunidad “simpática”, atractiva, contagiosa, profundamente enraizada en Cristo. Solo, a partir de esta coherencia, podremos acompañar a los jóvenes a descubrir la vocación a la santidad a la Dios llama a cada persona y a todos nosotros juntos. La santidad es, de hecho, un camino comunitario, en el que se refleja de modo paradigmático la belleza de la comunión trinitaria (cf *IL*, 143). La comunidad es ese “espacio teológico” en el que encontramos la presencia del Señor resucitado (cf *IL*, 142), donde se expresa el empuje apostólico, donde se comparten las preocupaciones, las esperanzas, la oración y las metas de la acción educativa.

La experiencia carismática como FMA y el mismo Sínodo de los jóvenes nos ayudan a cultivar la esperanza de que la santidad siempre es posible. Junto a los jóvenes, que buscan el rostro de Dios, la consideramos como una meta llena de sentido, accesible a todos y realizable en la vida cotidiana.

Una propuesta para las comunidades educativas

Como Instituto, a través del ámbito de la Formación, hemos recogido la voz de las junioras y de las comunidades formativas para dar mayor calidad al acompañamiento de su camino vocacional (cf *Orientaciones para la etapa formativa del Juniorado*, 2017).

Ahora, en sintonía con el Sínodo, os proponemos implicar a las comunidades educativas para *reflexionar sobre la experiencia vocacional*, entendiendo la vocación en sentido amplio, intrínsecamente unida a la vocación bautismal y a la misionariedad de la Iglesia. Las diferentes vocaciones son expresiones concretas de la realidad de la vida humana como don y como tarea, llamada de Dios a salir de nosotros mismos para ser don de amor para el mundo, cada uno/cada una con su propia e irrepetible aportación.

Las numerosas vocaciones se necesitan unas a otras, como un cuerpo constituido por muchos miembros. «Sólo la unidad armónica de todos hace que el cuerpo esté vivo y sea armónico» (*IL*, 98).

De este modo se podría dar una respuesta a lo que han expresado los jóvenes en el documento final de la reunión presinodal: «Buscamos una Iglesia que nos ayude a encontrar nuestra vocación, en todos sus significados» (*IL*, 85).

Para nuestras comunidades esta petición es una fuerte llamada a cuestionarnos seriamente: “¿Cómo acompañar el proceso de crecimiento en la fe y en el discernimiento vocacional de los jóvenes y de las jóvenes?”.

Os invitamos a concretar con creatividad esta propuesta adaptándola a los diferentes contextos e implicando, sobre todo, a nuestras hermanas más jóvenes. Podéis después compartir la noticia a través

del sitio Web del Instituto. Será un regalo para todos y una modalidad significativa para potenciar en nuestros ambientes la cultura vocacional.

Ya próximas a la fiesta del Instituto, suscitado por el Espíritu Santo como don para la Iglesia y para las generaciones jóvenes el 5 de agosto de 1872, os deseamos una celebración gozosa y llena de gratitud por la belleza de nuestra vocación de FMA y la responsabilidad que tenemos de vivirla en plenitud y de testimoniarla con alegría y fidelidad.

Mirando a María, «mujer joven que, con su “sí”, ha hecho posible la encarnación del Hijo y, de consecuencia, ha creado las condiciones para que cualquier otra vocación eclesial pueda ser generada» (IL, 96), le confiamos a Ella la vida de los jóvenes, sin excluir ninguno, la nuestra y las comunidades educativas. Ella nos ayude a ser audaces para recorrer con valentía, junto a ellos, el camino de la santidad.

¡Dios os bendiga!

Roma, 16 de julio de 2018

*La Madre
y las Hermanas del Consejo*